

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LXI

MADRID, 22 DE ABRIL DE 1934

NÚMERO 16

Fiesta de la primavera

1. Fies-ta de la pri - ma - ve - ra De la vi - da ver - da - de - ra,

¡Pas-cua de Re-su-rrec-ción! ¡Pas-cua de Re - su - rrec - ción! Cris-to muer-to y

se-pul - ta - do, Ven-ce-dor se ha le-van - ta - do. ¡Cán - ta - le fiel co - ra - zón!

2. Los poderes del infierno
Ha vencido el Hijo eterno:
Al abismo los echó
¿Quién podía atar la vida?
Del sepulcro su salida
A gloriosa luz tomó.

3. Ya la muerte está abolida,
La serpiente cruel vencida:
¡Libre está la humanidad!
Primavera es en el suelo,

Júbilo en el alto cielo.
¡Redimidos, alabad!

4. La esperanza brilla ahora
De la muerte en la hora:
¡Sé que vive el Redentor!
Cuando parten los hermanos
No gemimos cual paganos,
Sin consuelo en su dolor.

5. Cristo el miedo ha desterrado
Y el sepulcro ha consagrado,

Cuando El mismo descendió
Ahora sirve de reposo,
Hasta aquel día glorioso
Que a los suyos prometió.

6. ¡Dámosle la bienvenida,
Cristo, príncipe de vida,
De la muerte vencedor!
Llévanos en tu victoria,
Por la tumba, a aquella gloria
Del eterno resplandor.

MORITO

Muchas son las historias y cuentos escritos acerca de la fidelidad de algunos animales domésticos; todos ellos encierran enseñanzas muy útiles para los niños y mayores; por esta razón yo voy a contaros, queridos amiguitos, una historia que tuvo lugar en un pueblito extremeño.

Villa del Campo es un pueblo situado en el Norte de Extremadura, en las derivaciones de la Sierra de Gata; sus casitas blancas, edificadas en las laderas de las montañas, semejan a lo lejos una bandada de palomas posadas sobre sus faldas.

Un pequeño arroyuelo, dando saltos de roca en roca, como un chiquillo travieso, desciende de la montaña a la llanura, donde sus aguas se deslizan tranquilas, fertilizando las huertas cercanas.

Un viejo molino, carcomido por el tiempo, gira sus pesadas piedras movidas por las aguas.

Cuentan que un día llegaron al pueblito unos arrieros y dejaron abandonado allí a un hermoso galgo; el pobre animal, al verse solo, vagaba por el pueblo buscando donde refugiarse y comer algo; todos los perros le salían al encuentro ladrándole; el perro huía solo y triste. Al pasar por una de las calles, un grupo de chiquillos que salían de la escuela encontró al pobre galgo marchando sin rumbo fijo; los muchachos, al verle, saltaron de alegría; uno de ellos, el más decidido, comenzó a llamarle mostrándole un pedazo de pan. Impulsado por el hambre el galgo se acercó, aunque un poco temeroso a los revoltosos; éstos, fingiéndole cariño, lo acariciaban, mientras uno de ellos le ataba fuertemente unas latas a la cola; todos prorrumpieron entonces en una tremenda algarabía; el pobre animal, al oír el ruido que produjeron, salió corriendo, preso de un terrible espanto, entre las risotadas de los muchachos. Por todas partes que

iba lo recibían a pedradas; mucho corrió el pobre animal; por fin, cansado, jadeante, se paró no muy lejos del molino, dando lastimeros ladridos. Al oírlo, el molinero, que era un hombre muy cariñoso con los animales, se acercó al perro con gran cuidado, le desató las latas y, dándole cariñosas palmaditas en el lomo, lo llevó al molino. Allí le curó sus heridas y le dió de comer abundantemente; hecho esto lo llevó a un rincón, donde tenía mucha paja y, ahuecándola, lo mandó acostarse allí. Agradecido el perro, lamía las manos de sus bienhechor.

Alegre pasó algunos años con su nuevo dueño, acompañándole a todas partes. También los hijos del molinero encontraron un nuevo y fiel amigo, a quien llamaron "Morito" por el color negro intenso de su pelo.

Su felicidad no duró mucho; un día el molinero murió, dejando en la miseria a tres niños y a una mujer; todos lloraron la irreparable pérdida; el perro también quedó muy triste. Unos hombres enlutados colocaron al noble molinero en una negra caja y, cargándola sobre sus hombros, se encaminaron al cementerio. "Morito" seguía el triste cortejo; cuando hubieron enterrado al molinero, todos salieron cabizbajos, abatidos, cerando tras sí la puerta del Campo Santo.

No pudiendo entrar de otro modo, el triste perro saltó la tapia y, con paso lento, se acercó a la fosa, sobre la cual se acostó.

Llegada la noche el perro comenzó a aullar, dando una lúgubre nota con sus quejidos al "Campo Santo". Al oírlo, los vecinos del pueblo se alarmaron; muchos creían que eran quejas del alma del difunto estos gritos. Al siguiente día algunos mozos del pueblo marcharon al cementerio para cerciorarse de dónde provenían estos aullidos, y encontraron, con sorpresa, al perro tumbado sobre la fosa de su dueño. Com-

padecidos los mozos cogieron al perro y, haciéndole caricias, lo llevaron a casa de sus dueños.

Pocos días después la mujer del molinero se vió obligada a servir, para ganar el sustento a sus pequeñuelos. En una ocasión el perro, saliendo de su casa muy temprano, desapareció en el monte. Los niños lloraron desconsolados la pérdida de su buen amigo, su compañero de juegos los abandonaba; pero cuán grande no sería la sorpresa de los niños al ver aparecer al mediodía al perro con una liebre colando de la boca; ellos la recogieron, mientras el perro saltaba gozoso; "aquel día ya podían comer bien". No tardaron en contar a la madre la sorpresa que el perro les había dado; ella elevando los ojos al cielo dió las gracias a Dios por la ayuda que le había concedido por medio de aquel fiel animal.

Desde entonces el perro salía todas las mañanas y regresaba a casa con algún conejo, liebre o perdices.

Mientras tanto el molino, abandonado, se encontraba lleno de ratas, telarañas y polvo; sus piedras yacían aletargadas. Así pasaron los años; el perro se hacía viejo, pero los niños mozalbetes.

Un día unos albañiles entraron en el molino y comenzaron a tapar sus grietas, blanquear sus paredes y limpiar de toda suciedad sus suelos; por fin, las aguas comenzaron a mover sus muelas bajo la dirección de los tres hermanos; ya el molino renacía de su letargo. Se acabó la miseria; la madre, viejecita, podía descansar de sus rudas labores; el perro también dormitaba acurrucado en el mismo rincón que años atrás había sido su muelle cama, mientras cantaban alegres los mozueros al son de las piedras incansables.

Un día llegó un arriero al molino; el perro comenzó a ladrarle; molesto aquél, la emprendió a palos con el "Morito", y no contento con esto, dándole un empujón lo tiró al agua; el pobre animal, sin fuerzas

ya, pereció ahogado. Al enterarse de esto los dueños del molino corrieron a salvar a su buen perro, pero llegaron tarde: el perro había muerto. Lo cogieron llorosos y lo depositaron en un hoyo oculto en un bosquecillo, lleno de flores, no muy lejos del molino.

Aun existen unas piedras labradas, carcomidas por el tiempo, indicando el lugar donde yace un fiel amigo del hombre que sacrificó gran parte de su vida haciendo bien a aquellos que tanto le querían.

SAMUEL POOL

El pájaro de Cristina

(Un cuento de Pascuas de Resurrección)

(Continuación)

Primeramente venían muchos nombres. Allí Cristina no podía seguir muy bien; pero después venía una historia maravillosa de tres hombres en un país lejano, que habían seguido a una estrella hasta llegar al Niño Jesús.

Cuando ésta se terminó y el aldeano se paró un momento, encendiéndose su pipa, el viejo cartero dijo: "Sí, ellos iban detrás de la estrella, y se dejaron llevar hasta Jesús, y nosotros nos hemos dejado llevar a Jesús por la luz boreal."

Cada noche se reunieron en la habitación más grande del cortijo, y todas las noches vino el fiel Ranz por la coja. No siempre le permitían enganchar el trineo grande con los caballos; pero entonces él la traía en el trineo de manos, y éste servía también. Un día había un terrible remolino de nieve y él no quiso llevarla; pero ella no tenía miedo. El libro era cada vez más bonito. Cuando leían cómo Jesús había sanado a los enfermos, se oía una voz llena de júbilo en la habitación.

Cristina cogió un gran cariño al Salvador. Se le abrieron horizontes completa-

mente nuevos. Todo había mejorado pronto. "Pajarito, ya no me quejo de mi pierna coja—dijo un día—. En el cielo podré correr a mis anchas; acaso allí podré volar como tú." Ahora era un asunto particular suyo hacerlo todo según la voluntad de Jesús y para alegría suya. De todo no se podía acordar; pero cuando Jesús había estado un día en el monte, había dicho muchas cosas que ella podía recordar muy bien. Una cosa, ante todo, había dicho que la hizo mucha impresión: que era mejor entrar coja en el cielo que con dos piernas sanas en el infierno. ¡Pues entonces acaso no era cosa tan terrible tener una pierna coja! Y otra cosa podía recordar bien: "Todas las cosas que quisierais que los hombres hiciesen con vosotros, así haced también vosotros con ellos."

Así lo iba a hacer Cristina con la prima. No era cosa tan fácil, pero se podía hacer.

Una vez, al despertarse Cristina por la noche, pensó: "Con qué ganas tendría yo toda la manta para mí sola." Pero de pronto extendió la manta sobre la prima, que estaba durmiendo, y dijo para sus adentros: "Jesús mío, ¿está bien así?" El no contestó; pero ella se sentía muy feliz, a pesar del frío. Cuando la prima había ido a trabajar, Cristina pensó: "Si yo fuera ahora la prima, me alegraría encontrar todavía algo de café en la jarra." Y en seguida echó lo de su pucherito a la jarra grande.

La prima ni siquiera se dió cuenta de que era el café de la niña; pero lo tomó con ganas, después de su caminata por el frío.

Otras veces Cristina pensaba: "Si yo fuera la prima, me gustaría ver el botón en mi chaqueta y no en el plato, roto." Y

secretamente se lo cosió. Así siempre encontró algo que le gustaría al Señor Jesús. La prima, las más de las veces, no lo notó; pero esto no importaba. Pero una vez dijo: "Parece que la niña tiene ahora más juicio." Cristina se sonrió. Jesús sabía que era el amor hacia El, que la abrió los ojos y los hacía ver las cosas claramente.

(Continuará)

Problema

Modo de adivinar el número borrado en una cantidad.—Propóngase a una persona que multiplique por un número que ella elija una de las tres cantidades que le daréis por escrito (los números que formen cada una de estas cantidades, sumadas entre sí, tiene que dar 9 o múltiplo de 9); después de efectuada la multiplicación le diréis que tache el número que quiera en el producto resultante, y terminada esta operación haréis que escriba el mencionado producto (excepto el número tachado) en cualquier orden, y operáis como diremos en el ejemplo siguiente.

Ejemplo: Sean las cantidades que se proponen 315.423, 132.354 y 252.144; siendo 252.144 la cantidad escogida y 7 el número por el cual tiene que ser multiplicado, el producto será igual a 1.765.008 (252.144×7). Suponiendo ahora que el número tachado sea 6, el producto quedaría formado por los números siguientes: 175008; pero como hay que dejar que los coloquen en el orden que quiera, supongamos que nos los dan en este orden: 805017; para adivinar el número tachado tenemos que sumar mentalmente todas las cifras del número dado y el total dividirlo por 9: la diferencia entre el resto y el divisor será el número tachado.

Ejemplo:

Número dado 805017

Suma $8 + 0 + 5 + 0 + 1 + 7 = 21$

$$\begin{array}{r} 21 \overline{) 9} \\ 18 \quad 2 \\ \hline 03 \end{array}$$

División 9
Resto 3

Número tachado 6

PRECIO DE SUSCRIPCION: *Por un año:* En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera: Caballero de Gracia, 60 - Madrid.